

ADOLFO NICOLÁS, SJ

Mis conversaciones con el papa Francisco

Les ofrecemos la segunda parte del documento en el que Adolfo Nicolás, superior general de la Compañía de Jesús desde 2008 hasta 2016, recoge por escrito los recuerdos que guarda de sus encuentros con el papa Francisco durante su pontificado. Un texto que nace por sugerencia del H. Wenceslao Soto y que publica en exclusiva *Mensajero*.

ESTA es una narración de recuerdos. Ni se espera exactitud, ni se pueden anticipar confusiones normales de la edad. Tampoco se podrán separar nítidamente los pensamientos del Papa y los del autor. Si algo aparece menos verosímil, será prudente verificar, primero, y perdonar, después. Al fin y al cabo, no son más que memorias.

LOS EMIGRANTES

Todo lo que dice el Papa no puede entenderse como el grito irresponsable que hace de la inmigración una gotera por la que se cuelan terroristas, ni una proclamación en contra de la ley. Pertece a los Estados, preocupados por la seguridad de sus fronteras el permitir o legalizar a quién quieren recibir en la casa de todos.

Y todos sabemos que la ley no puede responder a todas las necesidades de una humanidad cada día más compleja. La única manera

de entender la preocupación de Francisco está en nuestra capacidad de imaginar que los inmigrantes somos nosotros.

El Papa está preocupado con la calidad de nuestro «humanismo», con la calidad de nuestra compasión y la capacidad que realmente tenemos de compartir lo que hemos recibido. Aquí están las claves para entender su llamada de una u otra forma.

Y, si queremos plantear la cuestión en términos religiosos, nunca encontraremos una justificación racional verdaderamente última a las fronteras existentes. En ningún caso se puede apelar a la voluntad de Dios.

EL SERVICIO PASTORAL

No cabe la menor duda de que este es el punto fuerte del papa Francisco. Su sensibilidad frente a los problemas humanos de la gente, su cercanía a los pobres, enfermos, emigrantes y otros, tenidos en menos por la sociedad civil, son ya proverbiales y expresan una manera de ser Papa inédita y totalmente original.

Recuerdo que, en cierta ocasión en que tocamos la cuestión, el Papa me dijo con gran sencillez que no sabía de dónde provenía esta calidad en su trato. Me dijo, más o menos literalmente, que debía ser algo que comportaba el cargo, lo que otros llaman «la gracia de estado». «Yo soy, por carácter, más bien adusto y poco dado a grandes muestras de afecto (cosa que los miembros de la Provincia Argentina pueden corroborar), por tanto, esta afectividad hacia afuera debe de ser un don inmerecido, que ha venido con el cargo».

Hace apenas dos años, al tiempo de la segunda sesión del Sínodo sobre la familia y el matrimonio, por ser sesión ordinaria del sínodo, diez Superiores Generales estaban invitados a participar. Poco antes de la sesión me dijeron que no estaría de más preguntar al Papa si tenía alguna cuestión particular que quisiera acentuar. Su respuesta fue muy clara: «No levantéis problemas teológicos. Nos podemos enzarzar en discusiones interminables. Levantad más bien puntos concretos de naturaleza pastoral y ofreced una solución». Esto indicaba a las claras cuál es la máxima preocupación del papa Francisco.



LA LITURGIA

También aquí hay que buscar una dirección ignaciana a la cuestión. No importa cuánto nos guste la liturgia y su belleza acústico-visual, como al parecer le gustaba a san Ignacio. Lo importante es la vida humana, que es, toda ella, la liturgia más importante, en la que se debate el vivir más auténticamente cristiano. Una anécdota que explicita esta perspectiva y que he narrado en otras ocasiones, la vivimos en uno de nuestros colegios.

Un joven de la secta Nichiren, más bien negativa frente a toda forma de cristianismo, fue aceptado como profesor, tras ocultar su verdadero pensamiento. Al poco, empezó a criticar todo tipo de actividad en la Capilla del Colegio como lavado de cerebro, etc. Los profesores se sentían incómodos con tanta protesta de uno de ellos y le pidieron a otro profesor budista que les ayudara. Este llamó al joven y, después de oír sus quejas, le dijo: «Está claro que no has entendido nada de la educación de este colegio. Mira, en cuanto entras por la cancela "Ya todo es capilla"». Esto es lo que quisiera el Papa que fuera nuestra visión de la vida cristiana como liturgia viva.

LOS LAICOS

Está más que claro que la Iglesia son los laicos, y es en su vida laical que se da la santidad y el testimonio del Evangelio. En nuestros encuentros hemos hablado poco del laicado. Soy miembro de una Congregación de clérigos y es natural que el tema en sí esté ausente. Pero no las consecuencias. La existencia de clérigos en la Iglesia está solamente justificada por la necesidad de tener un equipo de servicio en una organización muy compleja. No hay lugar alguno a privilegios, ventajas, preeminencias en el pensar y en el vivir. El clérigo



es un servidor. Y, si sabe encontrar la felicidad en servir, será feliz hasta el final. Y solamente los servidores felices son buenos servidores.

A veces se oye decir que el Papa no sirve al sacerdocio porque no lo enaltece. Mejor sería agradecerle que lo ponga en su justa luz y hable más bien de las tentaciones del sacerdocio, que suelen ser invisibles, insidiosas e inútiles para los interesados y para la Iglesia. La tentación de hacer del sacerdocio una carrera como las demás, donde hay ascensos, premios y se crean especializaciones y posiciones de influencia (política o social) ha sido en el pasado una fuente segura de infelicidad, de manipulación y de distancia.

En claro contraste con lo aquí dicho y con el pensamiento de Francisco, está la historieta que un obispo anglicano nos contó en Tokio, cuando el Concilio Vaticano II estaba terminando y que expresa dramáticamente a qué estaba reducida la labor de los laicos en la Iglesia.

Un trimotor estaba volando sobre Europa. Uno de los motores se averió. Enseguida el piloto habló por el sistema interior al avión: «Señoras y caballeros, acabamos de perder el motor de cola, pero les ruego que estén tranquilos. Con dos motores podemos seguir y, en

cuanto encontremos un aeropuerto, haremos un aterrizaje de emergencia». Poco después los pasajeros ven con terror que el motor de la izquierda está en llamas. Enseguida el piloto habla: «No se preocupen, en Europa hay muchos aeropuertos y estamos investigando aterrizar de emergencia en el más cercano. Con un motor lo podemos hacer». Enseguida los viajeros ven salir chispas y fuego del motor de la derecha. El Piloto: «Ahora sí que tenemos un problema. Yo haré lo que pueda. Ustedes prepárense para cualquier eventualidad. Les aconsejo mantener la cabeza baja y apoyada en el sitio delantero». En esto se levantó una anciana y dijo a los pasajeros: «Por favor, que alguien haga algo religioso. Y un laico se levantó e hizo una colecta».

HUMOR

En su entrevista en *El País* (22 de enero de 2017), al comentario del periodista de que el Papa parece feliz siendo Papa, este responde: «Dios ha sido bueno conmigo y no me ha quitado el sentido del humor». Imagino que para vivir en el Vaticano y conservar una visión Evangélica en medio de los equilibrios políticos que hay que hacer y la atención a manipulaciones in-



ternas, hace falta una buena dosis de sentido del humor y no perderlo por más que los problemas sean acuciantes.

Recuerdos en que el papa Francisco muestra su sentido del humor son innumerables. Lástima no poder enumerarlos todos. Sería prolijo hacerlo, y no estoy seguro que esto contribuiría a tomar en serio lo que el Papa toma muy en serio. Se puede decir claramente

contestar políticamente correcto y dijo la verdad: «Bueno, entonces decidimos no decir nada». Una carcajada compartida, también por el Papa, acogió esta respuesta. Lo notable fue que el papa Francisco no dio ninguna muestra de haberse escandalizado. Incluso añadió: «Esta es una manera de hacerlo». Y acto seguido, nos relató un dicho que había oído en sus años jóvenes y que aumentó nuestro jolgorio.



que Dios (el gran humorista) no solo no ha disminuido el sentido del humor del Papa, sino que lo ha aumentado.

En el encuentro con los Superiores Generales de 2013, a la pregunta del Superior de los Capuchinos: «Según el Derecho Canónico, los hermanos (no ordenados) no pueden ser Superiores en una comunidad donde hay clérigos. ¿Se puede esperar que esto cambie?». El Papa se volvió al que hasta hace poco fue General de los Franciscanos y le dijo: «Cuando yo era obispo de Buenos Aires, vosotros teníais a un hermano Superior de una comunidad, ¿cómo lo hicisteis?».

El obispo Carballo, Secretario de la Congregación de la Vida Consagrada, que no estaba preparado para semejante pregunta, no pudo

Seguramente el lector de estas reminiscencias querría leer mucho más en este apartado, pero, por razones obvias, tenemos que ser breves y sobrios.

SENTIDO COMÚN

Si algo le importa al Papa es que sus colaboradores actúen con sentido común. Cuántos escándalos y malentendidos podríamos evitar con un simple e inteligente sentido común. Normas litúrgicas o disciplinares son siempre objeto de interpretación, porque han de ser aplicadas por personas diversas a diversas comunidades o personas. Cuanto más conocemos a las personas, más capaces somos de interpretar correctamente y con sabiduría. Cuando falta el sentido

común, la ley se hace opresiva y el cristianismo se convierte en una cultura sin esperanza.

Cuando Bergoglio era obispo-cardenal en Buenos Aires oyó que en una celebración litúrgica en Sarajevo, donde las temperaturas eran muy bajas, cuando los cardenales estaban ateridos de frío, alguien pasó vasitos con coñac para ayudar a entrar en calor. La liturgia dejó paso libre a la salud y el humanismo. Cuando Bergoglio fue elegido Papa, no tardó mucho en nombrar a ese alguien Limosnero de la Santa Sede y le animó a vivir en Roma para estar más cerca de los pobres y participar de su sentido común.

¿HASTA CUÁNDO SERÁ FRANCISCO PAPA?

Quizá sea esta la pregunta que tiene todo católico. Yo, ciertamente, no tengo la respuesta. Y habrá que dejarla donde de verdad está: en las manos de Dios. De mis conversaciones con el Papa, solamente puedo decir que el pensamiento del Papa es fluido, según el discernimiento del estado de la Iglesia. Por una parte, el ejemplo de Benedicto es influyente. Cuando hablamos de mi renuncia del cargo de General me dijo: «Yo mismo pienso tomar en serio el desafío de Benedicto».

Pero unos meses más tarde, en el contexto de que no es bueno para la Iglesia caminar unos pasos adelante y unos atrás (como incierta, a dónde ir). Me dijo Francisco: «Le pido al Buen Dios que me lleve, cuando los cambios sean irreversibles». Estamos en las manos de Dios.

Nosotros, por nuestra parte, queremos que Francisco sea Papa por muchos años, pero sabemos que nuestro deseo está en las manos de Dios.

ADOLFO NICOLÁS, SJ

Más de 5.00 ejemplares
vendidos

El regalo ideal para
la Primera Comunión

Querido Papa Francisco



•14,90€•

El Papa Francisco escribe a
los niños respondiendo
a sus preguntas

